



# El caminante

Eduardo Antonio Parra

*Autor de libros fundamentales como El río, el pozo y otras fronteras, Los límites de la noche y Tierra de nadie, entre otros, Eduardo Antonio Parra ha venido consolidando una obra inigualable en el ámbito de la narrativa mexicana contemporánea.*

Pero en ocasiones creo que mi cerebro me engaña y no es verdad que en otra época permanecí en un solo sitio: un pueblo lejano lleno de gente conocida. De ser así, he estado siempre en el camino, en medio de ninguna parte, entre las siluetas fugaces de quienes, de pronto, dirigen una mirada indiferente a mi paso. No importa que los sueños me hablen de una casa de piedra, un sembradío y un arroyo casi seco, o de una madre muerta poco antes de la partida de su único hijo, o de un padre apenas entrevisto en los primeros pliegues de la niñez, desaparecido más tarde allende la frontera, igual que se esfuman las nubes tras las montañas: por el empuje del viento.

Ciertas noches cálidas, bajo las temblorosas constelaciones, consigo atisbar en mi memoria —en lo que resta de ella— un rostro cuya sonrisa es signo de afecto. Otras noches mis tímpanos creen percibir el eco de un nombre, acaso el que llevé en una edad remota, pronunciado con ansiedad por labios de mujer. Mas el rocío de las madrugadas me trae un sabor de lágrimas de despedida. Entonces me da por reinventar una tarde en que opté por dejarlo todo, la casa, el pueblo, la memoria feliz de los primeros años, para seguir las pisadas del autor de mis días. Era la hora del crepúsculo y había una joven junto a mí en la salida del pueblo. Sí. Sus brazos acogedores se amoldaban a mi espalda. Su calor me decía quédate, aquí serás feliz. Pero yo sólo pensaba en el sendero que se extendía interminable ante mi vista.

¿Existirá ese lugar al que algunos llaman la frontera? Me lo he preguntado por años, y se lo pregunto a todo aquel con quien me encuentro. En los inicios de

este viaje, cuando caminaba por áridos llanos y las montañas tan sólo insinuaban sus contornos en la lejanía, con frecuencia me rebasaban largas caravanas cuyos guías confiaban en alcanzar muy pronto su destino. Luego, conforme transcurrían los meses, éstas se extinguieron y ya sólo me topaba con algún caminante solitario como yo que me decía que los confines del país no estaban lejos, que no perdiera la esperanza, que la riqueza me aguardaba del otro lado de un río con dimensiones de lago, o una laguna con aspecto de mar, no recuerdo con exactitud. ¿Riqueza?, me preguntaba yo al ver sus andrajos, su rostro cansado y su expresión hambrienta. Mas me alejaba de él sin decir nada.

Durante su enfermedad, mi madre mencionó una nación de hábitos raros, ciudades de oro y dioses cueles, cuya lengua resulta incomprendible. Un reino, asegurado, protegido por muros y ríos anchísimos, con un ejército diestro en impedir la invasión de los bárbaros de piel oscura. Al notar en mi semblante que no entendía sus palabras, aquella moribunda, mi madre, me explicó con voz tierna, como si yo aún fuera el infante que buscaba su regazo: Los bárbaros somos nosotros, hijo. ¿Y mi padre?, pregunté de inmediato. ¿Él es un bárbaro también? Asintió con sus escasas fuerzas, y con sonrisa triste añadió que a pesar de la muralla, el agua y los soldados, desde tiempos antiguos muchos de los nuestros traspasan el límite para perderse en las ciudades áureas del país ajeno.

Esta charla, que ya sólo retengo en sueños, me da ánimo para continuar unos meses, y la inercia los transforma en años. Pero cuando el frío arrecia y convierte



Ton Schulten, *Spring II*, 2006



Ton Schulten, *In full Blossom*, 2006

mis pies en dos pesadas piedras, cuando el sol se llena de odio y quema con furia tal que mi piel ennegrece en instantes, cuando los campesinos rehúsan compartir conmigo el pan, o cuando la sed seca hasta mis ojos impidiéndome ver los escollos del camino, siento el impulso de abandonar la marcha, hablo conmigo y me digo es inútil seguir, nunca encontrarás lo que buscas, vuelve. Aunque, ¿volver adónde? Y golpeo mis sienes con los puños para obligarme a recordar. Y grito. Increpo a las montañas y a los valles. Insulto a los desiertos que escuchan impasibles mis reclamos. Pateo el agua de los ríos por haberme diluido la memoria. Y lloro. Cuánto he sollozado de desesperación, dolor, ira, mientras me repito que tal frontera no es sino una ilusión, una esperanza vana, un embuste creado por quienes necesitan tener fe en otros mundos, un cuento que las madres han inventado para explicar a los hijos la ausencia de los padres. Mas estos arrebatos pasan rápido y el deseo de retorno se me apaga, pues no encuentro en mi interior las referencias suficientes para saber quién soy y de dónde vengo.

En otra época lo supe, de eso no hay duda. Pero he atravesado tantos ríos que las escenas de mi pasado se han ido deslavando hasta perder el color, la nitidez en

los trazos, el timbre de las voces. Antes, cuando aún era joven y transitaba regiones desérticas donde la lluvia y la vegetación constituían una promesa incumplida, la nostalgia mortificaba mi alma por las noches y repasaba mis recuerdos. Ya dormido, los sueños eran un adelanto de los sitios que pronto visitaría, como si la mente los lanzara de vanguardia anticipando mi llegada. Así, vivía en el pasado y el futuro a la vez. Sin embargo, después de cruzar a nado el primer río de ancho cauce algo sucedió dentro de mí: por un tiempo tuve la sensación de caminar en círculos, sin alejarme del origen y sin acercarme a la meta. También perdí casi todos mis recuerdos, y los sueños enloquecieron ocupando su lugar. Desde entonces sólo tuve memoria al dormir, siempre en imágenes ocres, difusas, susurrantes. ¿Son realmente recuerdos, simples resonancias falsas de la época en que aún podía recordar? No lo sé. Aunque hay algunas de esas imágenes en las que creo.

Antes de emprender el viaje fui con los jóvenes de mi edad al billar del pueblo. En tanto jugábamos una partida, les pregunté cuánto había de caminar para alcanzar la orilla del país. Sin despegar los labios, me miraron como se mira a los locos: con una mezcla de lástima y repulsión. Insistí, y ninguno quiso, o supo responder.

He estado siempre en el camino, en medio de ninguna parte, entre las siluetas fugaces de quienes, de pronto, dirigen una mirada indiferente a mi paso.

Busqué entonces en el café a los viejos sabios y cada uno de ellos ensayó una respuesta. Ajustándose los quedos para ver mejor la lejanía, el maestro de la escuela habló de semanas de viaje a través de desiertos calcinantes y cumbres escarpadas. El alcalde frotó sus corvas rígidas y sugirió meses de ardua caminata. El sacerdote murmuró la palabra años una y otra vez, como si salmodiara una plegaria. Sin embargo, el más viejo de todos, de quien se aseguraba que había gastado la juventud de país en país, me tomó de los hombros, echó su aliento agrio encima de mi rostro, y mirándome desde sus acuosas pupilas me dijo que debía estar preparado para un periplo que duraría toda mi existencia. Igual que el de tu padre; aunque tú no dejas un hijo que después vaya tras de ti. No he retenido bien el resto de sus palabras, pues en mis sueños su voz es apenas un susurro. Mencionó un gran río de aguas violentas, algo sobre la memoria, y extendió el brazo hacia el norte. Luego me dio la espalda y fue a descansar al lado de los otros ancianos.

No le creí. De haberlo hecho, jamás habría partido. Pero ahora, después de fatigar durante años la tierra con las plantas de los pies, estoy seguro: el viejo sabio dijo verdad. Peor aún: el camino no sólo es infinito: es un ser vivo. Un dios iracundo que no suelta lo que engulle. Por eso los sedentarios que moran a su vera desconfían de él y se limitan a observar a los transeúntes como quien contempla la digestión del alimento a través de un enrevesado intestino. Un dios caprichoso. Cuando lo desea se ramifica, multiplicándose en veredas y senderos, para más adelante reunir sus brazos de nuevo en uno solo, en zigzag a ratos, ahora recto, enseguida curvo, ascendente o descendente. Transforma el paisaje a sus flancos según su arbitrio: arena yerma del llano, selvas raras, lomeríos erizados de cactus y magueyes, valles lacustres, despeñaderos, planicies y hondonadas. Y si se le agotan las opciones, inicia otra vez.

Cuando siento que avanzo por un paraje recorrido con anterioridad, echo mano de toda mi concentración para escrutar en torno mío los árboles, el ganado, las aves, las cabañas de los lugareños, las nubes, hasta convencirme. Nunca antes caminé por aquí, me digo aliviado. En esas ocasiones incluso he pensado que mi destino está cerca, y creo vislumbrar adelante, a lo lejos, la figura de mi padre (no lo conocí, es cierto, mas imagino una traza semejante a la mía). Y entusiasmado desví mis pasos y me acerco a alguna vivienda lleno de esperanza, aunque también con actitud suplicante, temeroso de no ser comprendido, mordiendo la vergüenza al presentir en los ojos de los extranjeros el asco que debe provocarles mi notoria barbarie. Pero en cuanto reparo en su piel oscura y escucho con claridad sus palabras de rechazo, me doy cuenta de que hablan mi lengua y comprendo que sigo en mi país. Sus voces sue-



Ton Schulten, *Mountain ridge*, 2006



Ton Schulten, *Summer*, 2006

nan con un tono diferente al de la mía tan sólo porque somos de pueblos distantes. Decepcionado, me alejo fingiendo que no les entiendo, o respondo a sus agresiones con algún insulto aprendido de niño, o ya de adulto en cualquier región remota, y retomo el camino con la seguridad de encontrar, en mi siguiente parada, per-



Ton Schulten, *View on the Valley*, 2006



Ton Schulten, *Winter*, 2006

sonas más cordiales, caritativas con un peregrino que viene de tan lejos.

Y las piernas me impulsan a continuar como si respondieran a una voluntad ajena, superior. Tal vez la del camino mismo. Yo obedezco, aunque mis zancadas sean más lerdas cada día, porque de un tiempo a esta parte he empezado a sentir cansancio. ¿Será que estoy envejeciendo demasiado rápido? ¿Que la continua postergación de mi arribo a la frontera por fin aplastó las últimas esperanzas que había en mí? Quizá. Y la ausencia de memoria que obnubila mi entendimiento es otro peso sobre la espalda que entorpece las extremidades. Sin remembranzas nítidas, el pueblo, la casa de piedra, los ancianos sabios, mi madre y aquella joven que fue a rogarme que no me fuera me resultan lejanos en extremo, pertenecientes a una época nunca ocurrida. No puedo creer en su existencia. De la de mi padre también poco a poco he comenzado a dudar. Ha desaparecido de mi horizonte. Desde hace semanas, o meses, nadie me visita por la noche. En vez de las imágenes del sueño, al dormir me invade una agitación intensa, angustiante, vacía.

No llegaré nunca. Los latidos sin ritmo del corazón me lo anuncian segundo a segundo. Seguiré andando hasta el último instante, cuando la muerte venga a arrebatar me de las garras de este sendero. Pero antes mi memoria quedará tan limpia como las dunas del desierto tras el soplo del viento matutino. Lo sé porque ya se huele en la atmósfera la humedad del próximo torrente. Allá delante su superficie ya espeja los rayos del sol con un murmullo sordo que apaga todos los sonidos. No parece mar, ni laguna, ni río; sino tan sólo agua, mucha agua. Avanzo decidido hacia ella mientras me voy despojando una vez más de la ropa, de los pensamientos, de mi vida entera. Al otro lado se ve una pequeña sucesión de cerros escarpados que alguien podría confundir con una muralla, sus árboles lucen enjutos, con el tronco desnudo de ramas y follaje, como lanzas altas. Entro al caudal y mis pies agradecen la frescura líquida. Antes de sumergirme dirijo la vista al frente, distingo una franja de tierra ancha y serpenteante que asciende entre dos de los cerros, y me embarga una alegría serena. Ahora lo sé: cuando alcance la orilla opuesta, ya sin nada que me retenga en el pasado, encontraré sin problemas el siguiente tramo del camino. [J]

Y las piernas me impulsan a continuar como si respondieran a una voluntad ajena, superior. Tal vez la del camino mismo. Yo obedezco.